

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XV

de Septiembre 1938

Núm. 159

Puntos de vista

Cincuentenario de Sarmiento

*L*A ciudad deprimida que era Santiago de 1842 despertó con el tumulto de la palabra airada de Sarmiento, que trajo en ella fervor, decisión y lucha. Sarmiento decía con rudeza lo que era preciso decir aún cuando su áspero acento incomodara la somnolencia de la capital. No había en su mente silencio o culpabilidad de conciencia. Se sentía lleno de acometividad y de amor por la dignidad humana. Las almas bravías y silenciosas de los chilenos se convertían en aristas filudas, igual que la de sus cerros, cuando el gaucho estallaba en coléricos gritos de indignación. Su voz se dulcificaba, en cambio, cuando advertía que la comprensión o la simpatía abrían un ancho cauce para la entrada de sus desnudos pensamientos.

No es aventurado pensar que él como Montt, conoció de cerca, en la niñez, en el contacto frecuente, la mentalidad oscura y ciega de los labradores. Por esto fueron fervorosos de la educación. Quisieron elevar la masa informe hasta el nivel de una armónica fuerza consciente. Los pobladores eran tristes y sombríos, porque no tenían de donde extraer alegría o esplendor. Uno vivió de niño entre los cerros petorquinos y el otro en las sierras sanjuaninas al borde de las llanadas inmensas, en una tierra de seca y adusta expresión. Rastrear la amistad de Sarmiento con el mandatario chileno es justamente acercarse a dos tipos de gobernantes, con los cuales América, penetrada de angustias y de indecisiones,

ha querido sumar su destino al universal destino de las patrias forjadas por hombres enteros y fundamentales.

Si un día Sarmiento, en la llamada polémica de «clásicos y románticos», contra la fina persuasión intelectual de Lastarria, contra la norteña raigambre de cerros que hay en la prosa de Jotabeche, contra el engolado romanticismo de Salvador Sanfuentes y contra el verbo prepotente y a veces injusto de Espejo, él opuso su violencia ancha y tenaz, su inmisericorde puntazo de lanza, su dolor de solitario que recoge en la propia soledad, la energía de su fuerza, fué porque no toleraba que en el destierro se dijera de él, con mofa, que era un «extranjero», precisamente cuando el extranjero era para él el hombre de la patria que no la entiende, que la explota y la consume en beneficio propio. En él el apodo de extranjerismo caía como la sospecha de lujuria sobre el casto o de latrocinio sobre el honesto. Extranjeros podían ser los que no supieran nunca de afanes y contra-tiempos para agrandar la órbita moral de América. Extranjeros los que no sabían de que mieles recónditas y de agrios zumos estimulantes está hecha la tierra que se pisa. Pero él había entrado al mundo por la ancha brecha de la verdad y de la acción temeraria y llevaba ya sobre sus espaldas curvadas el peso de tremendas responsabilidades. Su rostro mismo, como de simio, con su belfo tenso, infundía adustez, admiración y atraía como atrae la retorcida escoriadura de la tierra labrada por cataclismos telúricos.

Sumergido en Santiago, en su tabuco del Portal de Sierra Bella, sombrío y colonial, en el cual aun danzaba el hálito de la vieja vida chilena sobre sus viejos paredones de adobes, el desterrado sentía allí bifurcarse dos mundos antagónicos, encima de uno de los cuales había que colocar la ondeante bandera de un nuevo destino de solidaridad. La tiranía arreciaba en su patria. ¿Quién diría que esta tiranía no sería con el tiempo, si no se la aplastaba en un supremo esfuerzo, la formación misma de la mentalidad americana? Contra ella más que con-

tra sus adversarios chilenos, levantaba el desterrado la potente voz de su romanticismo vivo, libre y estallante. En la tiranía estaba palpitante la voz de la dominación española. Y despedazarla era, sin duda, favorecer la culminación de un destino americano de solidaridad y democracia, en el cual pudieran hallar sosiego y luz las generaciones más nuevas.

Santiago fué, pues, un gran crisol para el emigrado. Pudo aquí retemplar su mentalidad y preparar sus armas para la pelea que el destino le reservaba años más tarde. Su amistad con don Manuel Montt fué decisiva. Montt lo acogió con benevolencia y lo substrajo por el afecto, a los duros quebrantos que le ocasionó la polémica con los escritores chilenos. Montt tuvo, además, la comprensión del alma de Sarmiento. Penetró en el espíritu indómito y turbulento del emigrado y supo descubrir los inmensos tesoros que guardaba. Le aconsejó muchas veces que midiera un poco sus expresiones y contuviera sus ímpetus. Sarmiento, por su parte, logró también entrar en el alma del gobernante chileno, alma de apariencia áspera, pero llena de fervorosos afectos, y se dió cuenta de que en ese carácter frío y reservado alentaba un temperamento fuerte y una voluntad de avasalladora influencia.

El cincuentenario de la muerte de Sarmiento que se celebra este mes, constituye para todos los países americanos una fecha de alta repercusión espiritual. La estada de Sarmiento en Santiago, sus luchas y sus combates como asimismo su preparación para la vida intensa de gobernante que llevó más tarde hacen que esa celebración adquiera para nosotros una singular resonancia. El «Facundo», la obra capital del ilustre argentino, fué escrita en Santiago y bien sabemos cuál es la enorme importancia que tal obra tiene en la literatura argentina y en general en las letras continentales. La obra de Sarmiento constituye una de las más firmes y sólidas en la formación del carácter argentino.